

Dieter Ingenschay (Ed.) (2018). *Eventos del deseo. Sexualidades minoritarias en las culturas/literaturas de España y Latinoamérica a finales del siglo XX*, Bibliotheca Ibero-americana. 271 páginas.

Recibido: 05 de abril de 2021 / Aceptado: 17 de mayo de 2021

El título *Eventos del deseo. Sexualidades minoritarias en las culturas/literaturas de España y Latinoamérica a finales del siglo XX* es el resultado de una discusión convocada en Berlín en julio de 2014, en la que se reunieron personas dedicadas a la investigación de muy diversas procedencias. El objetivo principal era trabajar los papeles y funciones de las sexualidades minoritarias en un período en el que se produjeron decisivos cambios socio-culturales y que merecían ser discutidos de manera minuciosa. La combinación grupal de una serie de voces de origen variado constituye, según el editor del libro Dieter Ingenschay, el método más interesante para analizar toda una serie de cartografías políticas después de la caída del Muro de Berlín y del fin de las dictaduras, que permitieron, tan sólo inicialmente, el comienzo de las transiciones.

Las contribuciones de este volumen presentan un conjunto de relatos heterogéneos y exhaustivos que tienen como objeto de estudio principal a aquellas sexualidades «marginalizadas» que se hicieron eco al final del pasado siglo y el inicio del nuevo milenio. A través de un total de dieciséis capítulos, se expresan una variedad considerable de contextos, subjetividades y posiciones, una continua convergencia entre artes, medios, prácticas simbólicas y teorías críticas que dialogan entre sí y palpitan con los debates políticos, las preocupaciones sociales y las creaciones culturales para informarnos de las tensiones que existían en determinados eventos del deseo (sobre todo, homosexual). De manera general, dichos artículos abordan la paradójica relación entre la resistencia y la disolución que las fuerzas aliadas experimentaron a la vez que proliferaba cierta representatividad en la literatura y la cultura visual. Sin embargo, también proporcionan claves para entender la rearticulación y reconfiguración de esta radicalidad sexual, expresada y ligada a la no-reproducción biológica o simbólica.

1. La normalización de las motivaciones y estéticas queer

El término que mejor sintetiza el panorama que se estudia es elaborado por Brad Epps. El «fráxito» aparece en el artículo introductor de este volumen. Esta palabra compuesta nos alerta irónicamente de las dos caras del progreso conseguido por las culturas LGBTIQ+ en las últimas décadas del siglo XX. A consecuencia de la normalización de las sexualidades gay, contradictoriamente se evidenciaban los rasgos de un fracaso generalizado de ciertos anhelos. Sin duda, nos informa de una lógica de la contradicción en un tiempo cargado de una dimensión política expresada, en gran parte, desde las posibilidades de la performatividad y que darían paso a la gestación de una discutible «cultura queer».

El planteamiento no puede ser más esclarecedor. Los artículos abren a un recorrido crítico por un contexto cultural delimitado por la gradual normalización de las expresiones literarias y culturales relacionadas con las identidades no heterosexuales. Estas constituyen un problemático estado de la cuestión; estado, cabe añadir, ante el que las personas participantes han tomado conciencia, ofreciendo un relevante rastreo sobre la existencia de prácticas culturales que delatan la persistencia de inercias e ideologías de carácter fóbico y excluyente.

Siguiendo estas ideas, en el capítulo presentado por Nina Lawrenze y Martha Zapata Galindo se arremete contra la estructura globalizadora que tendría su origen en las políticas neoliberales y que normalizarían la comentada «cultura en clave gay y/o queer». Su principal desarrollo y proliferación tuvo como respaldo a las relaciones entre las fuerzas de sociales y la construcción de nuevos mercados. Una situación en la que las identidades minoritarias eran adaptadas a un distorsionado orden social y silenciadas bajo el creciente poder del mercado que constituía las posibilidades de la rebeldía sexual en una estética global. Las minorías se acabaron convirtiendo en nichos de mercado y las subculturas fueron reconvertidas en estilos de vida capitalizables.

Tal y como analiza Bernhard Chappuzeau en relación al cine de Edgardo Cozarinsky, la transformación de la fuerza política en una forma estética haría de las cuestiones sexo-genéricas un campo de opinión y voluntad colectiva dividida. Frente al desarrollo de una cultura gay como heredera del «Gay Liberation Front», después de 1969 surgiría una oposición a este modelo desde la teoría queer, con cualidades más radicales en torno a la disidencia y la performatividad. Cierta poder desestabilizador hablaría de la creación de cuerpos sin género en su rechazo unánime de las estructuras normalizadas de sexualidad e identidad. Sin embargo, frente a cualquier pronóstico esperanzador,

se deja claro que «las construcciones en clave queer tampoco se escaparían de la maquinaria mercantilista» (p. 13). Desde entonces, las identidades queer contribuirían activa y abiertamente a los sistemas de poder. Tratemos de visualizar esta idea enmarcándola en un debate que continúa siendo de actualidad: hablamos de la transformación de las fuerzas no identitarias, maleables y fluidas en una identidad cada vez más rígida y consolidada, más normalizada en los proyectos mundiales, que no se encontraría exento, ni mucho menos, de los efectos universalizantes y homogeneizadores de la globalización.

La consecuente estilización capitalista de los cuerpos minoritarios, por tanto, generaría ideales de la belleza y de las imágenes personales basadas en la masculinidad y se encontrarían abocadas al consumo de las abusivas intervenciones por los medios y la asimilación de estructuras de privilegio. Esta contribución a los sistemas de poder es lo que Ana de Miguel llama la «cultura del escándalo» y «el mercado de los cuerpos», no solo porque se pondría un énfasis en la ampliación del consumismo y sus valores (como el individualismo, la competitividad, el lucro, o el bienestar psicofísico), sino también (y sobre todo) en el predominio y difusión de imágenes corporales altamente rentables. Cuerpos jóvenes, delgados, fuertes y aparentemente sanos, que se ajustarían a unos patrones más bien clásicos y convencionalmente normativos en su atractivo corporal.

En gran parte, todo esto sería posible gracias a lo que Francisco A. Zurián estudia como un modelo de representación que evoluciona desde la concepción de un «cuerpo atormentado» al «sujeto inofensivo», y que se propagaba cada vez a más partes del mundo durante la década de los noventa. Zurián propone una revisión de las ficciones narrativas en el medio televisivo español porque se trataría de un vehículo principal en «la transformación del imaginario común social» (p.243), pero si bien su ensayo estudia esta propagación por los medios audiovisuales también ocurriría así por un vasto abanico de medios y modas. En este capítulo, la presencia de personajes LGBTQ+ en la ficción española desde la Transición al gobierno de José Luis Zapatero consiguieron tener el poder de remover el panorama social para crear ciertos modelos de inclusión. Pero por otro lado, su poder mediático también se puede analizar como el síntoma de versiones amables, basadas en la asimilación de conductas esencialistas y consumistas no sólo de lo gay, sino también de lo lésbico, lo trans y lo queer, que cada vez eran más difundidas y funcionarían como el requisito principal para formar parte de la cotidianidad heterosexual. El impacto de algunos de estos estándares basados en el buen comportamiento, el decoro sexual y una aparente belleza interna distaría mucho de ser algo meramente superficial. Los procesos de normalización de las propias culturas minoritarias jugaron un importante papel de inscripción en la creación de espacios y cuerpos normativos a la vez que se neutralizaban sus ámbitos de resistencia y alianza sociopolítica. Así, frente una tensa y cambiante hibridación social atravesada por las propuestas de Judith Butler (2005), J. Halberstam (2011), que postulan encontrar en el fracaso un arte peculiarmente queer, se extendió una gama de manifestaciones socioculturales que basaban el éxito disidente en la normalización de unos «comportamientos positivos» cuyos rastros se pueden encontrar en las artes visuales, las literaturas, las músicas, las performances, o las historiografías.

Esta configuración social implicaría un permanente cambio de perspectiva en la lógica de producción cultural. Sin embargo, frente al catálogo cerrado y determinista de las identidades normalizadas de las industrias más «mainstream», se proponía en un segundo plano una táctica extendida a lo largo de la vida que hacía y deshacía lo que convencionalmente se entendería como la construcción de identidad. En esta línea, el nudo problemático que sugiere la utilización normalizada de lo queer sería su funcionamiento desde la exageración de lo gay y sus versiones normalizadoras, y hacerlo en menor medida de lo lésbico, trans e intersexual. De hecho, es importante comentar que en base a las tensiones que se creaban constantemente entre las ficciones difundidas en los medios culturales y las realidades sociales de las minorías, la identificación y la desidentificación se convirtieron en razones para luchar por algo de justicia representativa para otros colectivos. En el contexto de las últimas décadas del siglo XX hubo un gran sentimiento de desidentificación en relación a ciertos modelos y comportamientos, porque en un primer momento sólo darían visibilidad a cuerpos gay y queer acoplado a las tramas heterosexuales y bajo las terribles características que hemos mencionado.

De ahí la agradecida lectura que tenemos al acercarnos a los inspiradores ensayos de Alberto Mira sobre el niño queer en novelas de Agustín Gómez Arcos y Eduardo Mendicutti y el análisis que hace Alfredo Martínez Expósito sobre el cuento infantil queer en España. Con ellos se pretende desmenuzar la utilización de una radicalidad alternativa como una manera de abrir la infancia a lo imprevisible, asociando lo queer con unos usos quizás excesivos y exagerados a la par que reveladores y abiertos en cuestiones sexogenéricas. Las posibilidades de lo queer bajo la visión de estos investigadores insinúan una lectura que puede evolucionar por caminos aún insospechados, pero, desde luego, alejados de los comportamientos comunes.

A continuación, destacamos una línea de pensamiento alternativa en la que se encuentran varias de las propuestas del volumen. En estas aportaciones no se emplea la terminología queer, evitan o intentan ir más allá de lo queer para huir de la contienda asimilacionista de una forma estética que contribuyó en gran parte a la desaparición de otros colectivos.

2. Campos alternativos: en busca de las voces de otros colectivos

En este ámbito Jannet Reinstädler estudia el giro erótico de la narrativa española a finales del siglo XX, que dialoga con otras propuestas como las de Jorge Luis Peralta, Estrella Díaz Fernández, Rafael M. Mérida Jiménez, Marta Segarra. Todas ellas trabajan explícitamente sobre las genealogías alternativas de lo lésbico y lo trans alejadas de los grandes discursos del paradigma queer. La obra de Óscar Hermes Villordo analizada por Jorge Luis Peralta es situada

en la historiografía sobre homosexualidad en Argentina, para darnos claves de todas las posibilidades eróticas que excederían la tematización y visibilidad de la homosexualidad en la narrativa argentina posterior a la última dictadura (1976-1983), que no han sido ni difundidas ni demasiado estudiadas hasta la fecha. Cabría situar, por tanto, la existencia de realidades que permanecieron apagadas y enmudecidas en un universo erótico mucho más abierto de lo que podamos pensar, del que tan sólo nos llegan algunos testimonios en forma de relatos ficcionales.

En la misma línea, la crítica lesbiana que hace Estrella Díaz Fernández en relación a este panorama ha tratado de recuperar y visibilizar las realidades lésbicas en la obra de Irene González Frei: *Tu nombre escrito en el agua* (1995). La crítica lesbiana de estos años y en adelante habría tratado de recuperar una genealogía amplia a partir de algunos textos que en algunos casos habían sido excluidos del canon hegemónico. Esto habría dificultado, como en el caso mismo de todas las mujeres, el acceso a modelos identitarios que incluían explícitamente a algunos cuerpos como sujetos históricos por su exceso de anti-naturalidad. Así, en el caso de Mérida Jiménez, se propone un ámbito genealógico transgenérico, basado en una «textualidad trans» (p.156) que va más allá de la gestualidad, la sexualidad, la prostitución y la teatralidad. Esta ambición cartográfica pretende dar claves de los procesos por los que las memorias de las personas trans fueron alguna vez transcritas, traducidas y compartidas como testimonios aún vivos de resistencia y pertinentes de visibilización. En el caso de Segarra, se trabaja sobre la poesía de María Mercè Marçal, la escritora más pionera en la literatura catalana, que nos ayuda a entender una preocupación que comparten en mayor o menor grado todos los artículos antes mencionados: el asunto de la comunidad.

3. Comunidades dislocadas. Transiciones y diversificaciones

El concepto de comunidad se ha reivindicado de manera intensa desde las últimas décadas en las investigaciones académicas y a través del pensamiento de Hannah Arendt (1958), Zygmunt Bauman (2001), o Donna Haraway (2003), reclamando el potencial subversivo que reside especialmente en la alianza de algunas masas sociales. Todas las reflexiones que hemos comentado hasta ahora conforman una especie de itinerario que, si bien reclaman la cualidad heterogénea de las sociedades y toman distancia de la homogeneidad y lo normativo, también intentan remediar la amnesia estandarizada de una comunidad global que parecía permanecer pasmada ante los destellos de un homonacionalismo occidental. Frente a la admisión normalizada de estilos de vivir en formato queer, varias propuestas del volumen reclaman en paralelo de la necesidad de reconocer y criticar una norma queer que se consolidó, asimiló, institucionalizó y mercantilizó en el Norte y serviría como modelo para otras comunidades, y proyectos políticos de diferentes lugares del mundo.

Por consiguiente, Fernando Blanco manifiesta la urgencia de dispersar y dislocar los códigos y normativas binarias que se habían distribuido en el pensamiento y el activismo de las minorías a raíz de la proliferación de las identidades queer y su conversión en estructuras cada vez más rígidas y normalizadas en el contexto de asimilación de reglas cada vez más visibles y establecidas. En esta línea, Elena Madrigal propone un análisis sobre la diversidad sociolingüística de las lenguas indígenas que lucharían por no ser lapidadas bajo el poder de un conjunto de términos y conceptos de procedencia anglófona, entre los que destacaríamos queer, gay, o «mainstream», entre otros. Este marco de análisis arroja luz sobre el resto de publicaciones del volumen para no perder de vista la especificidad étnica y las relaciones geopolíticas que deben ser consideradas a la hora de estudiar los signos privilegiados en las culturas del llamado mundo occidental, y poder así evidenciar el objetivo de compromiso comunitario que se persigue el libro.

En el ensayo de Guadalupe Madareí se estudia la trilogía oscura de Gabriela Cabezón Cámara, señalando algunos personajes por su potencial político alternativo. En su construcción (co)existe la atribución de otros significados a la misma terminología de procedencia occidental. Esto implica el uso de una etimología provocativa y la resemantización de los conceptos a través de la raza, una reinterpretación de prácticas lingüísticas y performances *kitsch* o *camp*. Este giro de crítica decolonial daría lugar a una escritura dinámica mediante la cual los hechos naturalizados y esenciales de las sociedades occidentales se presentarían como «ficciones», y en consecuencia, evidenciaría que algunos relatos se construirían desde las estrategias ideológicas locales y las políticas de un mundo inconexo y todavía en subdesarrollo comunitario.

Entre estas aportaciones se dialoga sobre una transición de los propios presupuestos conceptuales de lo queer en relación a las memorias y objetivos comunes con otras comunidades. Como plantea Dieter Ingenschay: «no puede haber uniformidad, sino tensiones y discusiones dentro de las respectivas naciones, y que las transiciones de los conceptos y las prácticas, así como sus rupturas y continuidades pueden variar considerablemente de país en país, de región en región, de poblado en poblado, de barrio en barrio, y cómo no, de persona en persona» (p.85). Tanto es así que en diferentes partes del mundo lo real y lo simbólico podrían funcionar de otras maneras y practicarse a través otros lenguajes, permitiendo de este modo construir otros pasados con la fuerza de voz suficiente como para cambiar los presentes y generar futuros diversos y positivos.

4. Conclusiones

Frente a la teoría queer erigida por referentes como Butler o Halberstam, en la mayoría de ocasiones tomada como patrón universal, debemos destacar el gran trabajo potenciador que se concentra en este volumen: una feroz crítica

arrojada contra de las dictaduras; el estudio minucioso de las inmensas aportaciones conceptuales de las transiciones políticas en las culturas visuales y literarias y su poder relacional en tiempos movidos; la utilización de ciertos ejemplos como Lemebel, Puig y Mendicutti, como grandes exponentes alternativos que sirven para corregir los posibles errores y desigualdades que se entrometen en la matriz teórica de voces y genealogías que asumimos como propias. El enfoque teórico de la teoría queer occidental, en muchas ocasiones, tiende a desplazar el foco de las causas estructurales que originan algunos problemas, ignorando y dejando al margen gran parte del conocimiento y la memoria de este campo de estudio.

Sin embargo, plantear la emancipación desde la táctica de la representación cultural de las sexualidades minoritarias y la conquista de los espacios homogeneizados presenta algunos problemas, que a mi parecer, tan sólo se describen a modo de diagnóstico. En primer lugar, no parece probable que la representación se dé sin una transformación radical de la estructura económica del mundo. El esfuerzo por analizar los contornos de la realidad social en varios países actualmente demuestra que una gran parte de las personas se queda fuera de los sistemas educativos y de los procesos de la propia cultura. A la hora de justificar el hecho de que desde finales del siglo XX se hayan perpetuado prácticas textuales, estéticas y políticas que por una u otra razón cuestionan la legitimidad de la normalización sexual demuestra que los procesos mismos de representación y normalización no serían de ningún modos universales ni homogéneos.

En segundo lugar, nada en los análisis previos muestra que sea posible revertir las opresiones que genera la discriminación; las discriminaciones se han estado luchando con más discriminación. Si quitamos la capa de nostalgia que cubre a las inadecuaciones del actual (des)orden cultural, entonces parece que más bien debemos reemplazar el poder de algunos eventos del deseo por la solida práctica de (inter)conexiones comunes, pero todo esto imposible sin una transformación política e ideológica profunda. Es importante recordar que no existen garantías de que los avances conseguidos en materia de aceptación social y de descripción legal hagan de los delitos de odio algo irreversible, y que este problema varía de manera sustancial en cada país. Ninguna duda cabe de que en la actualidad se respiran aires de un aroma que inundaba el umbral del cambio de milenio; toda una serie de elementos extraños que no terminan por ser asimilados y tampoco cuestionados, comprendidos o estudiados a la vez que corre este tiempo extremadamente preocupante y cargado de contradicciones.

Otro asunto que no se puede pasar por alto es que, tal y como comenta el editor Dieter Ingenschay en el prólogo, durante los días del encuentro muchas ponencias y discusiones, y posteriormente capítulos de este volumen, volvieron su cabeza y recordaron a una persona particularmente destacada por su posición minoritaria y marginal: el performer y escritor chileno Pedro Lemebel. No me parece que haya mejor manera de terminar esta reseña que comentando un hecho que ha marcado la inspiración de muchos de los ensayos que aquí se presentan, acompañado de las palabras de uno de los investigadores más importantes en sexualidades disidentes en España y Latinoamérica. En el desarrollo de las discusiones en Berlín se ignoraba que Pedro iba a sucumbir pocos meses después a causa de un cáncer de laringe que le había robado la voz. Sin embargo, sólo podemos decir que «sucumbió en un sentido literal» (p. 8), porque sabemos que actualmente su mensaje anormal y contra-hegemónico sigue teniendo una repercusión fundamental entre muchas de las personas que se dedican al controvertido tema de las sexualidades consideradas minoritarias.

5. Referencias citadas

- Arendt, H. (1958). *The Human Condition*. The University of Chicago Press.
Bauman, Z. (2001). *Community. Seeking Safety in an Insecure world*. Polity.
Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Paidós.
Halberstam, J. (2011). *The Queer Art of Failure*. Duke University Press.
Ingenschay, D. (Ed.). *Eventos del deseo: sexualidades minoritarias en las culturas-literaturas de España y Latinoamérica a fines del siglo XX*. Bibliotheca Ibero-americana.

Álvaro Navarro Gaviño
Instituto de Historia CSIC.
E-mail: alvnav01@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9819-6598>